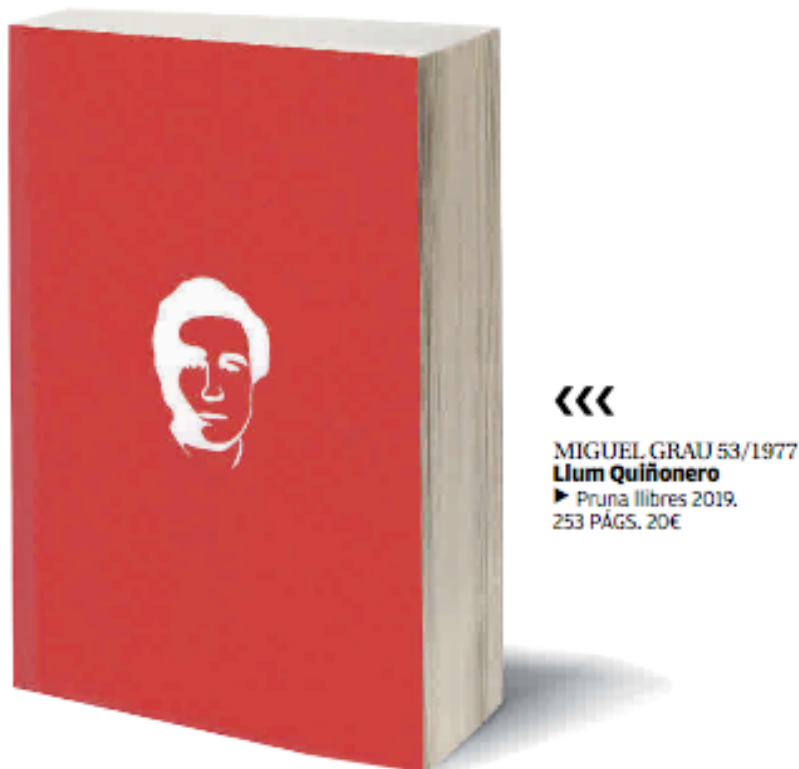


Alfons Cervera

...También tuvimos nuestros sueños

Levante/posdata, 12 de septiembre de 2020.



Un libro imprescindible sobre la noche del 6 de octubre de 1977.

Era el 6 de octubre de 1977. Por la noche. Un tiempo de carteles, engrudo y pinceles, de buscar un pedazo de pared para escribir la historia, donde estampar, con el reflejo a muchos ratos del miedo, la huella que empezaba a dejar en mucha gente la esperanza. Hacía casi dos años que se había muerto Franco. Pero la dictadura seguía con vida: se heredaba a sí misma en la forma de una democracia que surgía de las entrañas mismas del franquismo. Desde la alta política se argumentaba la necesidad de los consensos, unos consensos raros porque sólo las derechas estaban legalizadas. El PSOE sería reconocido legalmente en febrero de 1977. El sábado santo de ese mismo año sellaría el PCE su libre circulación por el papeleo de la administración. Las elecciones generales fueron unas elecciones a medias: la izquierda llamada *radical* seguía siendo clandestina. Más o menos, aquella democracia incipiente sería como una democracia demediada durante muchos años. Incluso, cuando ha pasado tanto tiempo, a ratos tienes la sensación de que demasiadas cosas oscuras de entonces siguen enturbiando la política de ahora,

el tiempo que vivimos. Aquella noche de octubre de 1977 era fría y tendría un final trágico, como muchos días y muchas noches de aquellos años.

Si lo que ha pasado no se escribe, acaba como un trasto viejo en los desechos del olvido. Por eso Llum Quiñonero ha contado lo que pasó aquella noche en un libro de lectura más que necesaria: *Miquel Grau. 53/1977*. Tenía ese libro aquí mismo, desde que fue publicado hace tiempo. Me daba no sé qué abrirlo. Estaba todavía con el plástico que lo protegía de algún enemigo exterior. No lo sé. Todo el tiempo ha estado en el pequeño apartado de los libros que esperan una lectura reposada. Nunca me animaba a romper el plástico y empezar a leer, como si fuera un libro como los demás. Finalmente lo hice hace unos días. Y no era un libro como los demás. Al menos, para mí no lo era. No lo es.

La noche del 6 de octubre de 1977, los jóvenes Xavier Astor, Juan Ángel Torregrosa, Llum Quiñonero y Miquel Grau estaban pegando carteles en una fachada de la plaza alicantina de los Luceros. Pertenecían al MCPV. Los carteles anunciaban la manifestación del 9 de Octubre. Un ladrillo con restos de cemento cayó sobre Miquel Grau y le rompió la cabeza. Lo había lanzado el joven fascista Miguel Ángel Panadero Sandoval, militante de Fuerza Nueva, desde el balcón de su casa. Y después se sentó a cenar tan tranquilo con toda su familia. Unos días después, el 16 de octubre, moría Miquel Grau en el hospital. Su asesino fue condenado a doce años de cárcel. En 1982 sería indultado por el gobierno de Adolfo Suárez. No tenía que arrepentirse de nada. Ni pedir perdón. Lo dijo y se quedó tan ancho. En el libro de Llum Quiñonero se cuenta el juicio, la sentencia, las circunstancias políticas y cotidianas de aquel tiempo que tantas veces tuvieron el sabor amargo de una tragedia vivida en una democracia aún tutelada por la sombra alargada del franquismo.

La historia y la memoria van juntas muchas veces. Este libro imprescindible las reúne para que lo que pasó aquella noche de octubre -hace ya cuarenta y tres años- no sea pasto del olvido. No sé cómo la memoria sigue dando miedo a tanta gente. Recordar es un deber, escribió Primo Levi. Un país sin memoria siempre será un país a medio construir y quienes lo habitan serán como personajes a quienes les han robado la palabra, y con ella su propia vida en algunas ocasiones. El pasado nos ayuda a saber mejor de dónde venimos, por qué somos lo que somos y no otra cosa diferente. Me costó mucho abrir el libro de Llum Quiñonero porque me sentía parte muy cercana a lo que cuenta. Hay recuerdos que duelen y es como si no quisieras volver a vivir ese dolor al recordarlo. La noche de aquel 6 de octubre de 1977 fue una noche en vela para mucha gente. Por eso, el libro de Llum Quiñonero -¡gracias, Llum!- me afirma en la necesidad de no olvidar que, como dice el poeta loco Robert Lowell, nosotros también tuvimos nuestros sueños...